

MÁS QUE CONOCIMIENTO, PASIÓN



Mario Hamuy Wackenhut
Premio Nacional de Ciencias Exactas 2015
Profesor Titular Universidad de Chile
Presidente Fundación Chilena de Astronomía

A menudo se habla de la necesidad de apoyar con mayor fuerza la actividad científica en nuestra sociedad. Tradicionalmente la cultura académica se ha focalizado en jugar con la misma lógica de los países que ya alcanzaron un importante nivel de desarrollo, donde lo más relevante de un científico es publicar en una revista especializada. Las agencias de financiamiento público también han seguido esta lógica, que premia la publicación en revistas internacionales, tanto al momento de la asignación de recursos, como a la hora de evaluar el éxito de un proyecto de investigación.

Así, el sentido de la difusión del conocimiento ha estado capturado por la idea de transmitir un saber que es estrictamente de nicho y no abierto a la ciudadanía común y corriente. Ello ha contribuido a generar élites del conocimiento científico, pero cabe preguntarse cuál es el real impacto que tiene este tipo de comportamiento en la vida de las personas para un país como Chile.

Afortunadamente, en las últimas dos décadas ha comenzado a entrar con mayor fuerza en nuestra cultura –tanto en el Estado como en las universidades y los investigadores– la noción de que el conocimiento no puede quedar encapsulado en la difusión del conocimiento puro y duro para una élite o en revistas especializadas que pocos leen, sino que debe existir, además, divulgación de las ciencias. Y tal como lo indica el vocablo, divulgar significa “vulgarizar” el conocimiento; para que no suene tan feo y se entienda mejor, se trata de “popularizar” el conocimiento, de socializarlo, de hacer que llegue a la ciudadanía.

Habitualmente, los investigadores hemos pensado, equivocadamente, que la divulgación consiste solamente en transmitir los nuevos conocimientos, en un lenguaje simple y a veces condescendiente. Desde mi visión, la verdadera divulgación científica incorpora la transmisión de conocimientos no enciclopédicos, sino más bien de carácter vivencial.

La experiencia de lo que hacemos a diario conversa directamente con lo que nos interesa, con lo que nos gusta. De este modo, el rol del científico, además de la producción de conocimiento, también tiene que ver con revelar sus motivaciones, su compromiso con la sociedad, y de transmitir pasión y cariño por lo que hace. “Cuando yo era estudiante”, recordaba hace unos años Humberto Maturana, “deseaba retribuir a la comunidad lo que recibía de ella”. Y la verdad es que ese es el propósito que guía a muchos de los más excepcionales científicos.

La ciencia más dura, dentro de ella la astronomía, por ejemplo, muchas veces se presenta en nuestras vidas en abstracto y pareciera ser que forma parte de los saberes complejos. No obstante, es tarea nuestra que aquello que aparenta ser difícil, termine siendo algo fácil y entendible en todo tipo de lenguajes y códigos. ¿Cómo comunicarlo? A través de la motivación y la pasión, de hablarle al ciudadano común en un lenguaje que lo estimule y lo impulse a plantearse preguntas por su propia cuenta. Y bien sabemos que la astronomía puede conducirnos a preguntas muy profundas sobre la vida, el ser humano y el Universo.

En mi último libro, “El Universo en Expansión”, me propuse comenzar cada capítulo con vivencias y anécdotas que marcaron mi camino a la astronomía, un camino entretenido, lleno de curiosidades, momentos e historias que terminaron configurando mi desarrollo profesional. De este modo, pude plasmar en el texto, que estoy convencido de que no hay mejor pedagogía que la transmisión de experiencias apasionantes.

Todo esto lo he comprobado en la conversación con niñas, niños y adolescentes que desde la curiosidad buscan nutrirse de respuestas a preguntas alucinantes. Muchas veces he quedado sorprendido y perplejo ante preguntas que parecen simples, de niños de seis o siete años, dado que estamos acostumbrados a hablar desde la técnica. Sus inquietudes son un universo en sí mismo y solo pueden ser contestadas desde la pasión por querer transmitir la ciencia y desde el asombro que seguimos experimentando con cada nuevo descubrimiento o revelación. Solo así contribuiremos al desarrollo de futuros científicos al servicio de las personas y no de las revistas especializadas. Solo así contribuiremos a una divulgación verdadera, donde el conocimiento sea un derecho y no un privilegio. Más que de conocimiento, la divulgación consiste en transmitir sentimientos de pasión, asombro y emoción.